

Tambien sobre hispano-americanismo.

De esto, n. 5

4-29

O. Completas 411

("Hispania" Londres (Inglaterra), 1 mayo 1919).

ARTÍCULOS GENERALES.

TAMBIÉN SOBRE HISPANO-AMERICANISMO.

A propósito del artículo de LUIS ARAQUISTÁIN.

EN Noviembre de 1846 estuvo Domingo Faustino Sarmiento en Madrid. Vino a España, según él mismo lo declaró, "con el santo propósito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusación que, fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión en América." Como se ve, el propósito no podía ser más imparcial ni más libre de prejuicios! Verdad es que ese formidable gaucho de las letras sur-americanas, ese maravilloso escritor — uno de los que más admiro — tan europeizante sin conocer Europa y que tanta fe tenía en el frac como instrumento de cultura — él, que escribió siempre con chiripá en el alma — fué siempre o fiscal o abogado defensor. Sus fuertes pasiones a la española — Sarmiento fué españolísimo y más español que nunca cuando atacó a España — le impedían ser un sereno investigador.

Más al fin Sarmiento era Sarmiento, y para hablar mal — no tan mal como se propuso de antemano, y a las veces muy bien — de España vino a España. Otros compatriotas suyos, que de Sarmientos tienen poco, hablan de España sin haberla visitado, como no sea atravesando en tren de Lisboa a París.

Y en la carta que desde Madrid escribió el 15 de Noviembre de 1846 Sarmiento al chileno Victorino Lastarria, le decía después de ese *ex-abrupto*: "Traíame, además, el objeto de estudiar los métodos de lectura, la ortografía, pronunciación i cuanto a la lengua dice relación. De lo primero he hecho una pobre cosecha i del resto encontrado secretos que a su tiempo verán luz. Imaginaos a estos buenos godos hablando conmigo de cosas varias, i yo anotando — no existe la pronunciación áspera de la *v* (1); la *h* fué aspirada, fué *j*, cuando no fué *f*; el francés los invade; no sabe lo que se dice este académico (2); ignoran el griego; traducen i traducen mal lo malo. A propósito, una noche hablábamos de ortografía con Ventura de la Vega i otros, i la sonrisa del desdén andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecían disimular, quién los mete a ellos en cosas tan académicas. I como yo pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias,

(1) Debe de querer decir la *v* fricativa sonora, a la francesa, que, en efecto, pese a la Real Academia de la Lengua, ni existe ni ha existido jamás — lo atestiguan ya en el siglo XVI Nebrija y Juan de Valdés — en castellano. Lo de pronunciar *v* con *ves* a la francesa o catalana (y valenciana) no es más que una pedantería ociosa. Y ese secreto para Sarmiento no era ningún secreto.

(2) En cambio él, Sarmiento, que si no sabía siempre lo que se decía, decía siempre lo que sabía y lo que no sabía, afirma muy serio que el vasquense es el antiguo fenicio!; Y como ésta cien!



119



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

GREDO.SALAES



alguien me hizo observar que dado caso que tuviésemos razón, aquella desviación de la ortografía usual establecía una separación embarazosa entre la España i sus colonias. Este no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura i suavidad ; como Uds. no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga ; como Uds. aquí i nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que Uds. escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro." Y termina el pasaje con aquella su característica y genial sinceridad, con aquella sinceridad que es lo que le pone sobre todos los escritores de su país, diciendo : "Oh, estuve admirable, i no había concluido cuando todos me habían dado las buenas noches."

Recordé este pasaje de mi Sarmiento y fuí a releerlo y copiarlo aquí, al leer en el artículo "Sobre Hispano-Americanismo" que en esta Revista publica Luis Araquistáin aquello de que la labor del hispano-americanismo es la de traducir, que "en el fondo, eso que se ha denominado europeización en España significa traducir," y que "la comunidad de europeizantes podría convertirse en una Liga de Traductores."

Ante todo, que no cuente conmigo para eso. Verdad es que me parece no tener nada de europeizante. Y digo no más de que me parece, porque tal maña se han dado los sedicentes europeizantes, que a estas horas no sé lo que es Europa, y si ellos lo saben no se dan arte para hacérmelo saber.

Y si a eso ha de reducirse el papel de nuestra lengua, a traducir a Europa, y ese es el ideal más hondo (!!!) que puede vincular a España con la América latina — ¿ por qué latina ? — entonces ya podemos despedirnos del castellano como un idioma de cultura propia.

Porque nótese que no se dice apropiarnos y asimilarnos la cultura europea — y las demás culturas — en lo que tengan de apropiables y asimilables a nosotros, y luego expresarlas, fundidas con lo nuestro, y a nuestro modo, ¡ no ! se dice traducir. Es decir, traicionar nuestro espíritu. Y he ahí por qué esta flamante europeización — término puesto en curso de boga por Joaquín Costa, uno de los españoles menos europeos al modo de los europeizantes — es un fracaso más, porque no hace sino traducir, y con muy pocas, poquísimas excepciones, traducir mal la malo, como en tiempo de Sarmiento.

Y aún hay cosas traducibles, como la sociología, pongo por . . . , pero lo más íntimo, lo más espiritual, lo más hondo, es intraducible. Ni la poesía, ni la más fecunda y viva filosofía, la filosofía no sólo pensada sino sentida e imaginada, cabe en rigor traducir. Y así Spencer, que declara no haber podido leer a Kant traducido o en alemán



— si es que lo sabía — recibió lo que de kantismo pueda haber en su indigente metafísica, de Hamilton, que hizo algo más y más hondo que traducir al maestro prusiano de sangre escocesa.

Sí, ya sé que los escolásticos medievales escribieron en latín escolástico y Spinoza en latín y Leibnitz en francés, pero sé también que la mística no es sino la teología escolástica latina pensada y sentida y expresada en la lengua propia, en la lengua en que se pide el desayuno y se requiebra a la novia. Y sé que la Reforma fué poner en lengua vulgar el pensamiento religioso cristiano, es decir, sentirlo. Traducirlo a lengua vulgar, se me dirá. No, otra cosa que traducirlo. La versión luterana de los Evangelios es algo más que una traducción, es una de las obras más originales de Lutero.

No creo que me sería muy difícil ponerme a escribir en francés, y aun alguna vez lo he hecho y no del todo mal, me parece, pero no quiero violentar mi pensamiento y menos mi sentimiento. Pues si me pongo a escribir en francés no digo lo que pienso y siento yo, sino lo que han pensado y sentido otros que pensaron y sintieron en francés, y cuyo pensar y sentir he recibido en mi espíritu. Estoy redactando en francés un *compte-rendu* de una obra sociológica, y me creo capaz de exponer en francés mis conocimientos sociológicos — también los tengo, ¡no vaya a creerse que no! — pero absolutamente incapaz de expresar en otra lengua que aquella en que siento y en que me quejo cuando me duele, mi filosofía, o sea lo que Araquistáin llama mi mística. Y en cuanto a escribir una poesía en otra lengua que no sea la que mamá, ni que pensar en ello.

Y en cuanto a hacernos traducir Que vengan si quieren los traductores; no es cosa de irlos a buscar y hasta subvencionarlos. Hay quien no puede llegar hasta eso. No es todo deseo de ser conocido y estimado; hay algo más. Y una cierta dosis de orgullo no es mala para matar la vanidad.

Y de si el lenguaje español circula más o menos y fuera de los pueblos de habla española — que ya por sí constituyen un mundo — es más o menos leído, habría mucho que hablar. Y crea Araquistáin que si los escritores españoles no son *hasta hoy* más conocidos fuera del dominio de su lengua, de lo que en realidad son no se debe precisamente a su lengua. No es la lengua lo que nos hace poco accesibles. Es otra cosa y otra cosa que debemos conservar, esperando paciente, pero confiadamente, que la montaña se venga al fin a nosotros. Porque créame mi buen amigo; eso que él y otros muchos con él llaman Europa, si acierto a comprender lo que sea, el mejor día se deseuropiza, y ya hay indicios, y no pequeños, de ello. Quiero decir, que el mejor día — o el peor, como se quiera — Europa se des-sociologiza y hasta se desracionaliza, que ya es el colmo. O por lo menos una buena parte de Europa, tan europea como la parte restante. Hay que contar con el *tadium rationis* tanto como con el *tadium vita*. Y no hay Dios de que no acabe blasfemando el devoto.

Si los españoles hemos de ser algún día conocidos y estimados — y lo seremos — ha de ser como tales españoles, fieles a la esencia de la barbarie de nuestros “distinguidos antepasados,” a esa barbarie que puede llegar a ser, bien





pensada y bien sentida, un remedio contra ciertos venenos culturales, como fué la invasión de los bárbaros germanos un remedio contra la cultura greco-latina. Hay barbaries providenciales y salvadoras, y la nuestra puede llegar a serlo. Y lo será si sabemos quererlo. ¡Saber querer! he aquí el colmo de la sabiduría. Vale más que saber pensar, si es que es otra cosa.

De otros juicios de Araquistáin, como son de índole personal, me creo obligado a abstenerme de criticarlos, aunque se me ocurra más de un reparo a ellos. Sólo quiero recoger una alusión personal, por referirse á mí. Dice mi buen amigo que he endulzado mis amarguras de español, cuyo nombre sólo ha traspuesto la frontera española por la parte occidental, con la esperanza de que algún día caerá en España algún profesor alemán que revele al mundo los tesoros de mi mística, pero que no todos han nacido con este heroísmo que me supone. Si mi nombre no ha traspuesto todavía la frontera española más que por la parte occidental y no también por la oriental o por otra — no todo es norte — no soy yo quien ha de decirlo ahora aquí; mas en en cuanto a eso de que espere que caiga — caer es — en España un profesor alemán que revele al mundo esos tesoros de lo que mi buen amigo llama mi mística, he de decirle

con mi recia sinceridad, con esta sinceridad sedimentina, que es lo que me hace más antipático a los muchos a los que, gracias a Dios, soy tal, que sí, que espero un europeo que se entere y entere a sus congéneres de eso mi pensamiento y sentimiento filosófico-poéticos españoles, pero que no sé por qué haya de ser un profesor alemán y no francés, o italiano, o inglés, o yanqui, o ruso, o griego, o rumano, pues no creo a los alemanes, caigan o no sobre los países y los pensamientos ajenos — y a las veces con tanto peso que los aplastan — más capacitados para ese menester que los espíritus de otra cepa. Y mientras ellos, los alemanes, no encuentren entre nosotros quien sepa descubrirnos los tesoros, que no son ni pocos ni pequeños ni insignificantes, de su pensamiento y su sentimiento, de nada servirá todo lo que les traduzca a mal castellano la Liga esa de Traductores, que ni logra ni logrará europeizarnos con traducciones.

Y que esa mi esperanza de que un día algún europeo se entere y entere a los suyos, y les entere de verdad, de los tesoros de la mística de mi pueblo que yo logre expresar, y no precisamente que me traduzca, que esto es otra cosa, y alguna traducción de mis dos obras capitales corre y no por occidente, que esa mi esperanza sea heroísmo no lo creo. No es heroísmo; es fe, y es fe tanto o más que en mí mismo — que la tengo — en mi pueblo, que en algo muy esencial se paró en un punto del camino por donde han de volver de retorno los que de la Edad Media se fueron al Renacimiento. Y quién sabe si no hay otra senda divergente, algo así como meta-catolicismo, sin pasar por la Reforma renacentista.

MIGUEL DE UNAMUNO.

